

PEQUEÑO SOL

Me sorprendí de pronto recordándolo. Ahora incluso a mí me parecía una historia increíble. Una historia pequeña y milagrosa ... como él.

En realidad, nunca se me ocurrió pensar entonces en su sexo. Siempre lo consideré perteneciente al masculino, aunque no creo que él, de haber tenido un cerebro como el nuestro, le hubiese dado mayor importancia a mi creencia.

¿Qué tantos detalles acerca de su identificación podía pedírsele a un pequeño punto luminoso?

¿Qué nacionalidad? ¿Qué nombre? ¿Qué apellidos podría tener un ente así?

Sin embargo, me atreví a llamarlo, casi desde que yo mismo aprendí a obedecer a un nombre: *Pequeño Sol*.

Porque, tal como aquel astro inmenso se asomaba a la ventana de mi habitación cada mañana, disipando uno a uno los renglones de oscuridad sobre las sábanas; él, pequeño y suave, disipaba la penumbra de mi mente cada vez que abría mis ojos. Luego, sigilosamente, se deslizaba por mi cama hasta una de las perillas de mi catre de bronce antiguo; o hasta posarse, haciendo gala de ser una gran equilibrista, en el sutil extremo de uno de los punteros del reloj colgado en la pared.

Representaba algo mágico en mi niñez. Me inspiraba confianza cuando estaba solo en algún lugar, y me hacía olvidar con facilidad mis penas y enojos infantiles.

A veces me quedaba absorto contemplándolo, y muchas personas me decían, a raíz de ello, que yo era un niño de mirada triste. No era cierto; era un poco melancólico a veces, pero sosegadamente alegre en el fondo. Sólo que quizás ellas no comprendiesen mi alegría en esa forma, al no verme constantemente en medio de juegos, saltos o gritos, como los demás.

En ciertas ocasiones, prefería aislarme un poco, atraído por el magnetismo de aquel agujero de luz en medio del paisaje. Y entonces ponía todo mi interés en las mariposas sobre las que él montaba o sobre los pétalos de las flores que delineaba. Parecía ser su pasatiempo favorito el iluminar las cosas más pequeñas frente a mis ojos. Solía esconderse en los rincones hasta que yo lo sorprendiese; y luego huía, juguetón, deslizándose por las esquinas que unían los muros de mi casa.

Al ir creciendo, en más de una oportunidad fui sorprendido por su actitud tierna hacia otros niños, que nada sabían de su existencia. Por ejemplo, muchas veces mientras yo iba caminando, él se quedaba atrás; y al buscarlo con la mirada le sorprendía encaramado en el pelo de alguna muchacha, deslizándose por él como yo lo haría sobre un tobogán. Y cuando estaba detenido, parecía tener la paciencia suficiente para contar cabellos femeninos de uno en uno. En varias ocasiones fui sorprendido observándolo en esta prolija actividad, y en casi todas terminé con gran parte de mi sangre reunida en mi cabeza. Me propuse dejar de mirarlo en estas condiciones, pero fue imposible. Me preocupaba cada vez que dejaba de verlo por

mucho tiempo. Además, tenía buen gusto, pues siempre se posaba sobre niñas cuyo aspecto me resultaba agradable.

Bueno, fue así hasta que se posó sobre ... ella. Una niña delgada, definitivamente flaca; sin mayores atractivos según mi primera impresión. También me sorprendió mirándole el pelo, de un color castaño que brillaba intensamente cuando acogía la luz del sol. Giré mi rostro con brusquedad y me alejé disgustado para evitar que advirtiese mi rubor; pero luego de dar unos pasos pensé que tal vez mi gesto había sido demasiado agrio, y me volví para esbozarle una sonrisa titubeante, pero ya había desaparecido ... aunque no para siempre.

Al cabo de unos días la divisé llamando a un gato blanco que estaba reclinado en la vereda, con cara de asustado e indeciso ante la llamada de la pequeña humana. Era un felino bastante joven, y al fin acudió al llamado para terminar acurrucado con placer en los finos brazos de ella. Al menos eso pude reconocer ahora en su figura: aunque era extremadamente delgada para mi gusto, a la vez era acuciosamente bien terminada.

— Ese gato está sucio — le dije, aproximándome sin que se diera cuenta.

— No está sucio — replicó, mirándome duramente; tanto que llegó a turbarme. Pero al ver que Pequeño Sol jugueteaba en uno de sus ojos, me tranquilicé.

— Es un gato bueno; seguramente no está tan limpio porque peleó con algún gato malo por defender a alguna gatita.

— De todas maneras está sucio — insistí —. No deberías tomarlo.

— Egoísta — me imprecó con vehemencia, mientras acariciaba al humilde gato blanco, como para generar la envidia en mi corazón. Y así ocurrió. Había algo en aquella escena que me conmovió profundamente; en aquellas manos de mujer amante que mis ojos habían reconocido tantas veces frente a mí, impregnadas de ternura, pero nunca lo suficientemente cerca como para que mi piel también las reconociese.

— Eres una niña tonta — le dije con voz temblorosa. No me hizo caso. Siguió acariciando al inocente felino mientras le repetía suavemente, sin mirarme siquiera:

— Eres un gato lindo ... eres un gato bueno ... eres un gato simpático.

Me sentí ofendido, o quizá simplemente triste. Lo cierto es que di media vuelta y me dirigí lentamente hacia mi casa, mientras una lágrima resbalaba por mi mejilla. Crucé el umbral de la entrada, luego de abrir la puerta con una pequeña llave que era mía. Adentro, la soledad me recibió como a un viejo aliado. Mi padre se había ido al trabajo hacía unas horas. Mi madre se había ido unos cuantos años antes.

...

Como se puede ver, mi primer encuentro con Eliana no fue de lo más

amistoso. A pesar de ello, había nacido entre los dos un lazo de tácita ternura, que poco a poco se iría fortaleciendo hasta parecer indestructible. Sobre todo a partir del momento en que le presenté a Pequeño Sol, lo cual antes no había hecho con ningún otro niño, por temor a que se burlaran de mí. Ella en cambio, se mostró feliz de compartir este secreto. Con frecuencia uno de los dos llamaba la atención del otro, señalando algún punto en el espacio sobre el cual nuestro pequeño amigo realizaba sus acostumbradas travesuras. Y, para mi mayor satisfacción, como añadidura a la comprensión que mi amiga me prodigaba, recibí también el afecto de su madre, una mujer infinitamente bondadosa, que me acogió en su hogar como a su hijo.

Me llenaba de atenciones, y era un gran placer para mí visitarla todas las tardes, con lo cual evitaba la tediosa labor de prepararme algo de comer, y luego enfrentarme a la dolorosa soledad, ya que mi padre regresaba de su trabajo después que la noche regresaba de su rodeo planetario. Nunca sentí que fuera un estorbo en ese hogar; sino que, por el contrario, llenaba un espacio de ausencia varonil prolongada, pues el padre de Eliana, al cual apenas llegué a conocer, llegaba aún más tarde que el mío.

Por mi parte, me torné cada vez más atento con ella, al punto que era yo quien le ayudaba a encontrar a Pituto, su gatito blanco; luego de que éste no aparecía durante cierto tiempo. Eliana lo apreciaba mucho; y solíamos recorrer el vecindario casa por casa, preguntando por el felino, aún cuando la mayoría de las veces reaparecía por su propia voluntad.

— Tal vez se fugó con su novia y ya no volverá — le decía yo, para molestarla, cuando nuestra búsqueda se prolongaba demasiado.

— ¡Eres insoportable! — me reprendía, muy enojada; pero aún así volvía a requerir mi apoyo al día siguiente, hasta que, con gran alegría, celebrábamos el hallazgo comiendo golosinas; mientras observábamos los brincos de Pequeño Sol sobre el lomo de Pituto, el cual permanecía inmóvil, muy complacido por recibir tales muestras de cariño.

Una tarde, estábamos en eso cuando apareció Andrea, una de las amigas de Eliana. Era más hermosa y menos delgada que ella, pero más tosca en sus modales.

— ¡Hola! — nos saludó —. ¿Qué están haciendo?

— Buscábamos a Pituto, pero ya lo encontramos — respondió Eliana, con cierto aire de disgusto.

Andrea dio media vuelta y se dirigió hacia el felino, pero éste se engrifó al verla cerca y quiso escaparse. Entonces ella lo agarró de la cola, ante lo cual Eliana y yo gritamos al unísono.

— ¡Suéltalo!

— Si no lo voy a dañar — indicó algo asustada.

— Pero podrías aplastar a ... — alcancé a decir, antes de que Eliana me interrumpiera con gran ímpetu:

— ¡A Pituto!

La miré sorprendido, y al ver que me guiñaba un ojo comprendí que me había impedido revelar la existencia de Pequeño Sol a quien no lo merecía. Andrea tartamudeó extrañada:

— ¿Pe ... pero cómo voy a aplastar a este gato si apenas pude tomarle la cola? ... ¡Ustedes están locos!

Andrea se alejó visiblemente disgustada, mientras nosotros no pudimos evitar una sonrisa de complacencia.

Pasaron tres años realmente felices. Por desgracia, no podían seguir así para siempre.

Fue una tarde de otoño cuando, después de llamar varias veces sin que se abriera la puerta de la casa de mi amiga, comencé a vivir el preludio de una cruel realidad que tardaría meses en admitir: ella se había ido, sin despedirse siquiera.

En vano pregunté a otros vecinos que conocían a su madre, a Andrea, a otros niños del barrio. Todos habían dejado de verlas de pronto, sin saber nada de su destino. Se fue simplemente, con una pequeña gota de luz rodando por su mejilla, dejándome una herida terrible en el pecho; la cual, según creí entonces, jamás podría cicatrizar.

Ahora sé bien que Pequeño Sol llegó a quererla tanto o más que yo, al punto que decidió irse con ella.

...

Pero el tiempo, aunque no siempre traiga el olvido, por lo menos nos otorga el beneficio de mitigar nuestro dolor. Diez años pasaron desde entonces, frente a mi ventana ... y frente a su puerta cerrada.

Ya no albergaba la esperanza de volver a verla; y a pesar de ello no llegué a establecer una relación formal con otra mujer en todo ese tiempo. Más bien me aboqué con ahínco a mis estudios, quizá queriendo encontrar en ellos un sedante efectivo.

Así fue como ingresé a la carrera de Medicina, con uno de los puntajes más altos en la prueba de admisión.

Veníamos bromeando, después de clases, con uno de mis compañeros, cuando él me propuso:

— Vamos a una exposición de automóviles que se está efectuando cerca de aquí.

Yo me reí de su ocurrencia y le dije:

— Pero si faltan muchos años para que comencemos a tener un sueldo como para que podamos comprarnos un vehículo.

— Si no es tanto por los autos — prosiguió —, sino por que hay allí unas promotoras estupendas, que seguramente lograrán sacudirte esa melancolía en que te envuelves con cierta frecuencia.

Pablo era su nombre. Era mi mejor amigo y realmente se preocupaba por mí. Mas bien por no contrariarlo que por mi propio entusiasmo, accedí a su invitación.

Los autos no atraían mi atención como la de otros muchachos de mi edad; por el contrario, me provocaban cierto recelo, pues en más de una oportunidad me había tocado atender a un accidentado del tránsito, para el cual el daño había resultado ser mayor que el beneficio. Lo que nunca imaginé fue que a través de esa poco atrayente exposición lograría reencontrar a la niña que años antes me abandonara en forma tan repentina.

Estaba casi en la entrada del edificio, repartiendo folletos promocionales, vestida con una polera muy ceñida y una falda bastante corta; que hacían resaltar la belleza de su cuerpo juvenil ante los ojos de numerosos admiradores que se quedaban contemplándola al pasar. Allí estaba también su pelo largo que, cual un manto de noble seda, le cubría los hombros y parte de su perfil. Me quedé absorto unos instantes a unos metros de ella, como acurrucado ... como tan pequeño, hasta ser capaz de reconocer si cada uno de sus cabellos permanecía en su lugar desde aquel día.

Ella no se fijó en mí hasta que extendió su mano con el aviso que me correspondía. Al verme, su mano quedó flotando en el aire, mientras yo no atinaba a extender la mía, por temor a romper lo que parecía un sueño milagroso.

— *¿Es ella realmente?* — me pregunté cien veces en cien segundos —. *¿Y si sólo se le parece?*

Habíamos cambiado ambos y bien podíamos confundirnos.

Me sonrió, y al fin recibí su oferta, estremecido por un temblor inconsciente que recorrió mi cuerpo de arriba a abajo.

Le sonreí también yo; y cuando me aprestaba a decirle algo, desde un costado apareció un hombre joven y bien parecido que, abrazándola con gran confianza, se la llevó hacia otro lugar fuera de mi vista; no sin que ella volviera a sonreírme furtivamente desde la distancia. Quedé sumido entre la incertidumbre y el desconsuelo, hasta que Pablo regresó en mi busca, tras darse cuenta de que ya no caminaba junto a él.

...

A partir de entonces ya no pude concentrarme bien en mis estudios, aunque no me atreví a volver al día siguiente a la exposición. Tenía miedo de revivir en alguna medida el dolor del pasado. Por otro parte, me sentía como quien hace tiempo fue poseedor de cierto tesoro, cuya forma no recuerda exactamente, pero del que aún tiene plena claridad en cuanto a su gran valor. Habría que escarbar nuevamente, pero pudiera ser que ya no estuviera en el lugar acostumbrado.

Había sido todo tan repentino, que no sabía bien cómo debía actuar. Pablo, que me conocía bien, no tardó en notar mis distracciones, más frecuentes y

prolongadas de lo acostumbrado; y finalmente me resolví a contarle lo que me ocurría.

— ¡Debes volver a verla! — me dijo, excitado también por la historia que le narrara —. ¿Cómo sabes si ella no está sufriendo también en estos momentos?

Y casi a tirones me llevó de regreso ese lugar, tres días después.

Temblando, subí la escalera y traspuse la entrada. Temía a la vez verla y no verla. Pero allí estaba, cumpliendo la misma labor de la vez anterior. Lentamente me acerqué a ella, que parecía estar esperándome. Dio unos pasos hacia mí y permaneció estática hasta que rompí el silencio con mi voz entrecortada:

— ¡Eliana!

— ¡Rubén! — me nombró ella casi al mismo tiempo, mientras sus ojos se humedecían, aunque evitó que sus lágrimas escurrieran por sus mejillas secándolas con su mano. Luego se llevó el dedo índice a la boca para pedirme silencio y, tras mirar en torno suyo, me entregó un folleto, recalcándome con sigilo:

— ¡Léelo! — Después hablaremos ...

Lo leí. Entre las hojas venía una tarjeta blanca que contenía algunas palabras escritas con nerviosismo: "*Veámonos el próximo Sábado junto al Palacio de Bellas Artes, en el Parque Forestal, a las siete de la tarde*". Una línea en blanco de emoción contenida, de timidez quizá, y luego su nombre culminando aquella escueta invitación.

Me causó decepción, al comienzo, la brevedad del mensaje; pero luego recobré mis ilusiones, al recordar que pronto tendríamos tiempo para conversar por largo rato.

...

Transcurridas y contadas las horas intermedias, llegó el momento tan esperado.

Sentada en uno de los bancos que allí había, estaba ella, en medio de los árboles que también permanecían expectantes, a pesar de que seguramente habían presenciado encuentros como ése en innumerables ocasiones.

Pero el amor vuelve a conmover una y otra vez; si es que puede llamarse así al cúmulo de emociones que me embargaba. Al menos pude sentir, al acercarme a ella con lentitud, que al fin tendría la oportunidad de proseguir un capítulo de mi vida, que se había quedado forzosamente inconcluso.

— ¡Qué hermosa estás! — le dije, sin poder contenerme a pesar del nerviosismo que me invadía.

— ¡Hola! — me saludó sonriente, tratando de no darse por aludida.

Luego permanecimos en silencio durante largo rato, sin atrevernos a cruzar nuestras miradas.

— ¿Qué es de ... tu mamá? — pregunté con timidez. Ella vaciló antes de

responder:

— Está ... bien, en casa.

Una ligera sombra opacó el brillo de sus ojos verdes. Había notado en su voz un tono de incomodidad que me asustó, y no me atreví a interrogarla más, hasta que ella me preguntó:

— ¿Y tu papá?

— Quedó en la casa. Ya está algo viejo, pero sano, afortunadamente. Anhele terminar mi carrera para trabajar y retribuirle en parte lo que él ha hecho por mí.

Su cara se iluminó de pronto, y volviéndose hacia mí, me preguntó:

— ¿Qué estudias?

— Medicina — le respondí, también mirándola más fijamente.

— ¡Siempre fuiste tan inteligente! — dijo, y su rostro volvió a ensombrecerse, aunque habíamos logrado salir de la tensión inicial.

— Tú también lo eres.

Quise animarla, pero ella conservó su melancolía. Insistí:

— ¿No has intentado estudiar alguna carrera?

— No — respondió —. Eso no es para mí.

— ¿Cómo que no es para ti?

No pude refrenar una muestra de disgusto. Ella se puso de pie y comenzó a caminar lentamente. La seguí en silencio, esperando alguna reacción de su parte. En realidad, su actitud ya me estaba fastidiando.

— Mi madre ... quiere verte — dijo sin mirarme.

— ¿Ahora?

— No. El próximo Sábado a esta misma hora nos juntaremos en este mismo lugar... Debo irme.

— ¡Tan pronto!

— ¡Sí! Tengo que hacer.

Me dio un beso en la mejilla y, apurando el paso, se alejó de mí.

Me quedé allí, envuelto en un torbellino de preguntas que me atormentaban: ¿La había molestado con mis palabras? ¿Qué significaba yo para ella? ¿Por qué parecía tan lejana? ¿Por qué se había ido tan pronto? ¿Volvería a verla nuevamente?

Éstas y otras interrogantes me afligieron durante los días que transcurrieron hasta que llegó el momento de nuestra cita. No me atreví a volver a la exposición. Al fin y al cabo, no tenía ningún derecho a exigirle nada. Ahora ya casi estaba dispuesto a finiquitar nuestra historia antes de que se convirtiese en no más que otro capítulo de dolor.

Cuando llegué al parque, ella no estaba allí, y temí que no apareciera. Tras algunos minutos de impaciencia, la divisé a lo lejos, entre los árboles; y me quedé absorto contemplándola en su avance, como si fuera una figura surgida del pasado, que en cualquier momento podría desvanecerse.

Esperaba un saludo frío, pero en cambio recibí un afectuoso beso en la

mejilla, que logró remecer la helada rigidez que me embargaba hasta ese momento. Comencé el diálogo tratando de no evidenciar mi nerviosismo.

— Creí que no vendrías.

— Pero vine. Siempre cumplo mis compromisos.

Conversamos durante unos treinta minutos, de manera bastante fluida. Poco a poco fui ganando confianza al comprobar que parecía bastante más alegre y relajada que en nuestros encuentros anteriores.

Luego de un prolongado silencio me atreví a recordarle:

— Me dijiste que veríamos a tu mamá.

— Es cierto ... ¿Qué hora es?

— Son casi las seis.

— ¡Qué rápido ha pasado el tiempo! — suspiró —. Mamá debe estarnos esperando. ¡Qué bueno que me lo recordaste!

Tomó mi mano por unos segundos, invitándome a seguirla. Luego de unos pasos me la soltó, como si se hubiera sorprendido a sí misma en algo indebido.

Después de caminar un par de cuadras divisamos el edificio, algo antiguo, donde se ubicaba el departamento que habitaba junto a su madre. Mi ansiedad iba en aumento a medida que nos acercábamos a él. No sabía que esperar de mi reencuentro con aquella mujer, que había ocupado un lugar importante en mis años infantiles.

Subimos lentamente las escaleras hasta el tercer piso. Una vez dentro, al fin pude serenarme un poco. No quise sentarme, y me quedé observando hacia afuera por la ventana, mientras Eliana iba en busca de su madre. Tenía, sin duda, una hermosa vista: con el parque y sus altos árboles en primer plano; luego el río Mapocho, con sus aguas turbias por los desechos de la gran ciudad; y al fondo el cerro San Cristóbal, tapizado también de frondosos árboles de las especies más diversas. El interior, por otra parte, estaba decorado con sencillez y buen gusto. Me pregunté si mi presencia allí no rompería la armonía reinante.

En unos minutos de reflexión, recordé muchas situaciones vividas junto a aquellas mujeres, hasta que todo se interrumpió tan abruptamente ... Pero aquella interrupción perdió su sentido, en parte, al verlas aparecer nuevamente ante mí.

La señora Elvira quiso saludarme, pero no pudo contener sus lágrimas. Presa de una debilidad repentina, fue a sentarse en un sofá frente a mí, apoyada en su hija, que la guiaba con gran ternura. Estaba envejecida; muy diferente a la mujer dinámica y alegre que me había tratado tan bien años antes.

Una vez que pudo sobreponerse a sus emociones, me invitó a sentarme junto a ella. Acarició mi cabello y besó mi mejilla. Haciendo un esfuerzo, entre renovados sollozos, me dijo:

— ¡Cuanto había deseado este momento, y cuán cobarde fui por huir de esa manera! ... ¿Podrás perdonarme?

Sin saber bien a que se refería, sólo atiné a permanecer en silencio. También

yo sentía deseos de llorar, y la abracé profundamente conmovido. Eliana se fundió a nosotros y así permanecemos largo tiempo. Luego, la sufrida mujer hilvanó un relato, procurando responder a preguntas que yo no me habría atrevido a formularle.

— Cuando mi esposo decidió abandonarme, todo se vino abajo. La verdad es que nuestras relaciones no estaban bien desde hacía tiempo, pero no por ello piensa una que finalmente todo acabará de esa manera.

Los sollozos la interrumpieron en más de una ocasión hasta que al fin pudo calmarse. Prosiguió:

— ¡Perdóname ... perdonénme ambos, hijos míos!

Decía esto con tanta naturalidad que yo no sabía qué decir. Realmente no sentía que tuviera algo que perdonarle. Durante tanto tiempo estuve sin saber nada de ellas y jamás llegué a pensar algo de ese estilo. Ella continuó:

— Un par de años más tarde quisimos ubicarte, pero nos enteramos de que ya no vivías en la misma casa. No sabes cómo sufrí entonces atormentada por los remordimientos.

Se equivocaba. Si había alguien capaz de comprenderla, era yo mismo. Si hasta me había llegado a sentir culpable por no adivinar con anterioridad que dejaría de verlas, para poder despedirme. Quise decírselo. Quise decirle que la perdonaba, que también me perdonara ... no se por qué; pero sólo atiné a abrazarla una vez más, acongojado.

— Debes tener hambre — me dijo —. Pasa a comer algo con nosotros. Los estaba esperando.

Efectivamente, la mesa estaba preparada. Sentarme allí, frente a las tacitas y las cucharas, verlas a ellas preocupadas de tales menesteres, me trajo claros recuerdos de aquellos días en que los tres disfrutábamos de cada tarde, sin pensar en una posible separación. Y junto con los recuerdos, sin quererlo recuperaba también esa sensación de familiaridad y afecto que es tan necesaria para todo ser humano.

Apenas habíamos terminado, cuando sonó el llamado del teléfono. Eliana acudió hacia él, y durante algunos minutos sostuvo una conversación algo áspera con su interlocutor. Yo no escuchaba lo que decía, pero mirándola de reojo pude darme cuenta de que parecía bastante contrariada. Su madre la observaba también, en silencio, como a la expectativa.

— Voy a tener que salir — dijo Eliana, con cierta amargura. Tras algún tiempo que ocupó en prepararse, se despidió de mí coquetamente:

— ¿Nos veremos el próximo sábado?

— Claro — le dije, entristecido por su partida al principio, pero contento más tarde al saber que seguiríamos viéndonos.

Apenas traspuso la puerta, su madre comenzó a hablarme de ella con entusiasmo. Sin duda la quería muchísimo, pues no cesaba de resaltar sus virtudes. Luego me convidó hasta el que era su dormitorio y me pasó una cajita de madera.

— Abrela — me indicó.

Lo hice. Contenía sobres amarillentos pero muy limpios. Presentí que yo tenía algo que ver con su contenido.

— Son para ti. Eliana las escribía y me pedía que te las mandase. Yo al principio no lo hacía, y cuando quise hacértelas llegar ya era demasiado tarde. De todos modos ella siguió escribiéndolas hasta el día de hoy.

No sabía qué hacer con ellas en mis manos. La señora Elvira se dirigió hacia la puerta:

— Te dejaré solo para que las leas.

— Pero ...

— No te preocupes. Fue Eliana la que me pidió que te las pasara.

Al quedar solo, tardé unos cuantos minutos aún en atreverme a abrir uno de los sobres. A pesar del consentimiento de Eliana me sentía como un intruso. No las leí todas. No pude. Eran demasiadas, y cada línea me pesaba en el pecho. Me quedaba sin aire y debía descansar con frecuencia para poder continuar. Tras leer dos o tres salí de la habitación. Encontré a la mujer sentada en el sofá, contemplando el follaje del exterior.

— ¿Eliana ... fue a juntarse con ... alguien? — pregunté.

— No tiene mayor importancia — me dijo queriendo cambiar el tema —. Mi deseo es que estudie alguna carrera, como tú. Hasta ahora se ha negado, argumentando que posiblemente le irá mal, que su deseo es trabajar para yo tenga un buen pasar. Pero la verdad es que no lo necesitamos imperiosamente. No nos sobra el dinero ... pero tampoco pasaríamos hambre. Este departamento pertenecía a una hermana mía que falleció, con la cual nos vinimos a vivir. Era muy bondadosa. No tenía hijos y nos legó esta propiedad junto a otras dos en este mismo edificio, que ahora están en arriendo. Pienso vender una para pagar sus estudios. Por favor ... trata de convencerla. Yo ya estoy vieja. Me aterra pensar que pueda quedar sola en la vida sin tener lo suficiente para valerse por si misma.

Me tomó ambas manos y me miró profundamente a los ojos. En su mirada había una mezcla de súplica y esperanza. Era algo más que una petición de apoyo para su única hija.

...

A la semana siguiente nos reunimos en el lugar acostumbrado. Nuestra conversación era ahora la de viejos amigos que habían tenido un feliz reencuentro, y nos deleitábamos al recordar las situaciones alegres de nuestro pasado infantil. De vez en cuando nos quedábamos en silencio y yo la contemplaba extasiado. Había logrado despertar en mí una emoción que hasta entonces desconocía; y deseaba manifestárselo de alguna forma. Se me ocurrió cortar una rama del árbol más cercano, y se la pasé para que la deshojara. No se lo pedí, azorado por un acceso de timidez ante la evidencia de mis sentimientos. Sin embargo, ella comprendió el

mensaje y la desnudó lentamente:

— Me quiere mucho ... poquito ... nada; me quiere ..

Yo permanecía estático, impaciente por descifrar cada uno de sus gestos.

— Me quiere mucho ... me quiere.

Sonrió complacida. También me alegré al principio, pero repentinamente percibí la sombra de la duda ... el dolor de los celos ... el temor ante el engaño.

— ¿Quién? — interrogué exasperado — ¿Quién te quiere?

Ella se inclinó hacia atrás, sorprendida y asustada. Durante largo rato no dijo nada y bajó la cabeza, hasta que una lágrima resbaló por su mejilla. Me sentí muy mal y quise desaparecer, pero estaba allí y debía enfrentar la situación con valentía. Era el todo o nada; la confirmación de nuestra relación o nuestra separación definitiva ...

— ¡Discúlpame! — le susurré al oído, mientras extendía tímidamente mi brazo derecho por sobre sus hombros. Ella me miró y sonrió con dulzura.

— No te preocupes — me dijo —. Soy yo la que no se ha portado tan bien contigo. La verdad es que todo ha sucedido de manera tan repetina, que me siento un tanto confundida.

Quise saber que habría tras ese "todo". Suavicé al máximo mis palabras, para no herirla nuevamente. Sin duda estaba muy sensible:

— ¿Tienes pololo?

No respondió.

— Ese hombre que ... apareció ese día ... en la exposición.

Suspiró. Luego inició un relato entrecortado por más suspiros:

— Se llama Gerardo. Es ... nuestro jefe. Quiere que sea su amiga. Me ha dicho que podría hacer de mí una gran modelo. Lo ha hecho con otras ...

— ¿Lo ha hecho con otras? ... ¿Qué más ha hecho con otras?

Está bien — exclamó con vehemencia —. Debo tomar una decisión, está mi futuro de por medio. Hasta hace unas semanas habría sido simple, pero apareciste tú ... tú ...

Me remeció con fuerza, tomándome de los hombros, queriendo desahogar toda su tensión. Luego apoyó su cabeza sobre mi pecho. La abracé con firmeza. Besé su frente, su mejilla, luego el borde de sus labios. No quería dañarla. Ella permaneció acurrucada, como desvalida. minutos más tarde me preguntó:

— ¿Crees que la virginidad sirva de algo?

Guardé silencio, pensativo, aunque no me sorprendió del todo su pregunta. Ella prosiguió monologando:

— Mabel dice que no sirve para nada. Que lo único que vale en la vida es el dinero. Que con él lo tienes todo. Que si te lo llevas con romanticismos sufrirás toda la vida ... Ella ha logrado muchas cosas que otras mujeres desearían.

— ¿La envidias?

— ¡No! Realmente no la envidio. Hay algo en su vida que resulta igualmente

triste o pobre ... no sé. Sin embargo, ahí tienes a mi madre, una mujer buena, que a cambio de su amor recibió indiferencia y olvido.

— Pero, a pesar de todo, tú eres fruto de ese amor, y eres ... tan linda.

Sonrió. Yo no conocía a la tal Mabel, pero ese era un detalle sin importancia. Bien me daba cuenta de que Eliana estaba profundamente conmovida. No me creía muy capaz de orientarla ante un dilema de tal envergadura, pero me sentía bien conmigo mismo, me sabía sincero; y con tal sinceridad fui dejando fluir las palabras de mis labios, sin darle mucho más vueltas al asunto:

— Creo que el dinero tiene valor sin duda, pero no para todos es el mismo. Los niños se conforman con unas monedas que alcanzan para comprar golosinas, y así son felices, como lo fuimos nosotros hace tiempo. Ahora que soy joven, sueño con obtener mi título profesional, pero ni siquiera sé bien cuánto dinero podría ganar algún día. Mis bolsillos están casi vacíos todo el tiempo, y no por ello me siento desdichado. Te he recuperado a ti y a tu madre; conservo aún a mi padre y a todos los quiero mucho. ¿Crees acaso que Mabel no pensó nunca como lo hacemos nosotros?

Eliana asintió. Yo me sentía cada vez más seguro de mis palabras y continué entusiasmado:

— Pienso que las personas que cambian de tal modo su parecer son unas fracasadas. Resulta siempre más fácil autoconvencerse de que los valores han cambiado antes que recuperar fuerzas para seguir luchando después de haber perdido una batalla.

— Pareces filósofo — indicó Eliana, y rió de buena gana. Aparentemente, ya se estaba recuperando.

— Sólo soy yo mismo — le dije, y volví a besarla; esta vez intensamente. Luego agregué:

— Te acuerdas de aquella vez en que estuve a punto de revelar a Andrea la existencia de Pequeño Sol, y tú me lo impediste.

— ¡Sí! Lo recuerdo como si hubiera ocurrido ayer.

Pienso que el sexo es algo muy íntimo y valioso, parecido a un gran secreto que se debe compartir sólo con quien uno desea; y si alguien se une para siempre a la persona amada a la cual se lo ha revelado, es precisamente para no descuidar tal riqueza.

Fue ella quien me besó esta vez. Me dijo finalmente:

— El lunes termina la exposición. Anda a buscarme a la salida, por favor. Debo tomar una decisión y quiero que estés ahí, para que no me falte el valor.

Así fue como llegó el día decisivo. Llegué al edificio en cuestión con una hora de adelanto. Me senté en un banco que había frente a él. Desde allí pude ver como Eliana emergía un par de veces al exterior y después de saludarme graciosamente con su mano, desaparecía tras el umbral. Por mi parte, no quise acudir a su encuentro. Temía estorbar o ser inoportuno.

Finalmente, me puse de pie al observarla como bajaba las amplias escaleras, en dirección hacia mí. Di unos pasos y ella comenzó a correr. Se arrojó en mis brazos y la levanté hacia el cielo. Era mi trofeo; me lo había ganado en buena lid. Era la mayor de mis alegrías en mucho tiempo. Lloramos ambos intensamente, pues se requerían muchas lágrimas para celebrar el final de mi soledad y de su incertidumbre. Fue un momento glorioso, sellado con la frase que sus labios exclamaron:

— ¡Todo por ti!

— ¡No! — le dije yo —. También por ti , por tu madre y por mi padre.

Y por Dios ... que nos brindó la majestad de aquel atardecer en que un inmenso sol, a punto de ocultarse, quiso ser testigo de nuestra unión; sintiéndose pequeño ante la magnitud de un amor tan infinito.